

# Sociedad, territorio y naturaleza. Claves para el desarrollo rural

Jesús Casas Grande  
Fotos: Álvaro López

## ¿DÓNDE ESTAMOS?

La evolución social y económica de España a lo largo del último cuarto de siglo nos ha depurado un país que proyecta una imagen nítidamente urbana. Pero esta imagen, por más que machaconamente se nos repita en medios y mensajes, no es real. No es real y amenaza, al copar la percepción social, con influir en forma determinante, y a mi entender equivocada, en todo el quehacer colectivo. Esto resulta todavía más delicado en tiempos de dudas. En tiempos inciertos, al menos algunas cosas deberían inequívocamente permanecer ancladas en nuestra idea de construcción social.

Como reacción, tal vez inconscientemente, en una parte de la sociedad que guarda memoria rural pero que ya no lo es, ha surgido una visión onírica teñida de un cierto halo de romanticismo y renuncia. Una visión que entendería el medio rural como un referente emocional abocado a seguir centrado en lo que, pretendidamente, algún día fue. Una visión que solo entendería su progreso ligado a conservar, estáticos y rígidos, formas y argumentos del pasado.

A caballo de esas dos visiones, la que ignora lo rural y la que lo convierte en símbolo identitario que ni existe ni nunca existió, parece razonable buscar otro camino. Una senda que reconozca

la importancia del territorio como bastión de estabilidad, y que al tiempo no abandone entenderlo como un basal dinámico, cambiante, e integrado en unas nuevas maneras de construir sociedad. Esta reflexión pretende ser la delgada guía de intención del texto. Se apoya en entender que ni esa imagen excluyentemente urbana ni la evocación emocional de un escenario anquilosado, responden a la realidad española. Y que no constatarlo aleja de un proyecto de futuro razonable, estable, y aceptable, tanto para lo rural como para lo urbano.

Y ya avanzo que estimo que pieza clave será asegurar que los procesos naturales sigan cerrando ciclos. Que los paisajes culturales continúen funcionando como reguladores, que los ecosistemas conserven su resiliencia y su capacidad de regenerarse si una catástrofe llega a perturbarlos. Avanzo que, en mi opinión, no hay dos mundos, ni hay líneas de separación posible entre lo que se debe usar y lo que se debe preservar. Lo que sí hay, y debe seguir habiendo, es intensidades de uso. Y sobre todo, lo que debe haber es compromiso social, visión a largo plazo, sensibilidad territorial, y responsabilidad intergeneracional. Lo ambiental dejó hace tiempo de ser aderezo o pieza del puzle. Hay un solo mundo, y no es aceptable llamar desarrollo, crecimiento, ni nada que se le parezca, a cualquier proceso que no esté impregnado, desde la base, de la



consideración ambiental. Pero también avanzo que eso no es gratis, que eso no se logra solo, que exige atención y tomar decisiones, que no se puede ignorar la componente social, en particular, en no pocas veces, con los que, callados, menos reclaman. Y que eso, que se escribe fácil y se articula casi tan fácil, no encuentra todavía suficiente eco en el mundo rural. No se puede caer en la visión simplista. No todo el mundo piensa en estos términos. No todo el mundo al que pretendemos específicamente acompasar con estas orientaciones está dispuesto a entenderlas como útiles. Las tensiones territoriales entre conservación y desarrollo todavía están muy presentes en demasiados lugares de España. Pudiera que se hubieran recrudescido en los últimos años. Todavía persiste incompreensión y reacciones a veces sorprendentes.

Esto va de territorios vivos y vividos, tanto para el paisanaje como para el paisaje. De reflexionar como evitar el abandono, en el sentido amplio de la palabra y no unívocamente en términos de despoblamiento. Ello requiere dedicar un esfuerzo consciente y específico a

hacer, además de posible, atractiva, la permanencia para quienes así lo deseen. Supone garantizar condiciones de equidad y niveles de oportunidad y diversidad de oferta comparables. Pero es necesario llegar más allá. Esto no puede ser un proyecto gestado, impulsado y ejecutado desde fuera para la satisfacción de sus impulsores. Ese almacén de corazón tiene que poder latir. Y tiene que hacerlo a través de la identificación con la tierra que se habita, con el compromiso con el lugar propio, con el orgullo por ayudar cada día a dignificar y poner en valor lo que es de todos. No basta con estar, hay que ser.

El talón de Aquiles de todos los proyectos de desarrollo territorial rural es, precisamente, conseguir superar la fase de proyecto. Nuestra geografía está salpicada de buenas intenciones, correctamente ejecutadas, que no pasaron de esa primera etapa. Que sencillamente no entraron en carga posterior. Precisaban de la vinculación de los actores territoriales como protagonistas y para ello es imprescindible que así lo sientan. La respuesta a los problemas del medio rural es un proyecto colectivo, cierto,

**La cuestión es cómo construir territorios rurales duraderos, con roles y alianzas definidos entre lo público y lo privado, cohesionados en lo geográfico y en lo social, innovadores y competitivos desde la participación activa de los diferentes actores**

pero no será posible si desde el territorio no se asume y no se moviliza. Por eso cada elemento dinamizador, cada persona comprometida, es vital. Y por eso es tan doloroso comprobar el abandono tácito ante lo inevitable, la perseverancia a veces en unas desconfianzas imbatibles, o el anquilosamiento ante modelos acomodaticios, apoyados en la mera subvención directa que, cuando finiquiten, apenas habrán dejado semilla.

Y para eso, otro de los mantra que predico es que, aún, es obligado un esfuerzo por la integración territorial y la superación de la visión parcial de las políticas sectoriales. Hay que recuperar el vetusto instrumento de la ordenación del territorio como argamasa. Y a riesgo de parecer un iluso, no está de más, y en esa intención me embarco con estas páginas, insistir en necesidad de políticas globales para el medio rural. Globales y específicas. España necesita más política territorial. Es esencial para un país con un patrimonio natural formal e internacionalmente reconocido, cuya preservación y uso racional representa una gran responsabilidad, y un reto de enormes proporciones. Pero también, en tiempos de globalización, de libre mercado, y de pérdida de singularidad, es una oportunidad socioeconómica.

Con la siempre posible excepción de algunas situaciones extremas, hablar de medio natural y medio rural es referirse por dos aproximaciones distintas, no distantes, a una misma reali-

dad. Ambos enfoques confluyen en el concepto de territorio, entendido como construcción intelectual y emocional, anclada en un sistema biofísico, ahormada en un espacio determinado, e integradora de los procesos, las relaciones, y las emociones. Preocupaciones reales de la sociedad de nuestro tiempo, como la necesidad de nuevas perspectivas, el abandono del campo, la pérdida de biodiversidad, el cambio global, encuentran un nuevo espacio de solución, viable e integrada, en esta idea del territorio. La cuestión es cómo construir territorios rurales duraderos, con roles y alianzas definidos entre lo público y lo privado, cohesionados en lo geográfico y en lo social, innovadores y competitivos desde la participación activa de los diferentes actores.

Avanzar en construir políticas de esta complejidad requiere la puesta en valor del capital humano, natural y cultural. Significa abordar procesos de integración institucional, asunción de compromisos locales, desarrollo de programas de demanda, colaboración público-privada, fomento de la cultura emprendedora, atención a la dimensión local del bienestar, y consideración de los diferentes niveles de gobernanza. Y todo ello enmarca una suerte de renacimiento de la mirada a corto, basado en una sociedad dinámica y una competitividad que no merme las condiciones y aportaciones que la hacen posible. Se trata, entonces, de hacer compatible la competitividad con la sostenibilidad en sus tres vertientes. Una competitividad, que responda a la inevitable lógica de la integración, y que revitalice a la sociedad rural, mediante la sinergia de técnicas productivas modernas y tradicionales, alianzas público-privadas, y aprovechamiento de los valores naturales y culturales del territorio. Se busca, en resumen, que la sociedad establecida sobre un territorio lo entienda, use, y proyecte como un todo funcional, con identidad, valores y procesos propios, capaces de compensar desequilibrios internos.

Y en este esfuerzo, no sobra nada. En particular, la agricultura, la silvicultura, y la industria agroalimentaria deben seguir siendo esenciales,



con el compromiso, eso sí, de incorporar dentro del territorio la mayor extensión posible de cadena de valor.

### DEL CAMINO RECORRIDO

Durante los últimos treinta años los conservacionistas hemos gozado, merecidamente, de un cierto respaldo en el sentir de la opinión pública. Bien es verdad que no necesariamente ese sentir público se identificaba biunívocamente con la parte de la sociedad más implicada territorialmente con la preservación de los valores naturales. Todavía hoy algunos acusan a las políticas ambientales de “urbanas”, y de lastre para el desarrollo rural. Y todavía hoy, sorprendentemente, un sector de la sociedad rural se posiciona críticamente ante un movimiento que, si a algo aspira, es a la preservación de los

valores, ambientales pero también económicos y sociales, del medio rural.

La responsabilidad y la conciencia ambiental han sido un lugar común entonado por políticos, empresarios, intelectuales, comunicadores, y gestores. Y aunque el trasfondo puede haber sido más o menos sincero, y los resultados, como en todo, discutibles, nadie puede negar que el movimiento ambiental, minoritario en cifras de militancia e incapaz de acabar de encontrar un camino acertado hacia la representación política, ha logrado percolar las conciencias. Quizá más el discurso que la acción. Quizá más la forma que el fondo. Quizá más el argumento que el concepto.

En ese camino el discurso ambiental, volcado a querer dejar de sentirse lenguaje de minorías, ha tratado de trenzar, poco a poco, alianzas y

Avanzar en construir políticas de esta complejidad requiere la puesta en valor del capital humano, natural y cultural. Significa abordar procesos de integración institucional, asunción de compromisos locales, desarrollo de programas de demanda, colaboración público-privada, fomento de la cultura emprendedora, atención a la dimensión local del bienestar, y consideración de los diferentes niveles de gobernanza

convivencias. Probablemente pocos posicionamientos ideológicos se han abierto más sinceramente a otros puntos de vista. Pocos han interiorizado más la necesidad de sumar y aceptar. Por eso espero que nadie se sorprenda si estimo que hoy la conciencia ambiental es pragmática e integradora. Un espacio de pensamiento en donde, pretendidamente, todos podrían encontrar su sitio. Y por eso resulta cada vez más incomprensible la hostilidad con que todavía se recibe en algunos ámbitos. Que ésta sea cenizas del pasado, antigualla conceptual ya superada, no resta tristeza al hecho de que aún, todavía, encuentre eco.

Una mirada reflexiva sobre cómo se ha construido el paisaje nos devuelve a una constatación que, presumiblemente, poco habríamos intuido cuando nos iniciábamos en la conservación de la naturaleza. Hoy sabemos que los valores naturales, todos esos rescoldos atávicos que nos han traído hasta aquí, no son solo resultado de un proceso natural. No son solo la expresión del libre devenir de las fuerzas de la naturaleza. Hasta aquellos espacios de la soledad, las desdibujadas crestas coronadas, los bosques infinitos en verde, la remota profundi-

dad en los valles dormidos de niebla, son lento tejer de fuerza natural con actividad humana acrisolada en paisaje, hecha paisaje. Todos son lugares donde aún esa amalgama alimenta los latidos del corazón oculto que gobierna su futuro.

Dijo Pedro Pidal, hace ahora un siglo, que los Parques Nacionales serían pocos o no serían. Y estuvo de lo más acertado. Y no porque el marqués, en un arrebato de elitismo, no quisiera declarar más que contados Parques Nacionales. La realidad es que no caben muchos. Esta es una tierra amasada. Madurada a lo largo de los últimos quince mil años por los cambios climáticos, el devenir de la evolución, y las manos de los que aquí llegamos. Al final, conservar resulta ser parte de una política de acuerdos, de tender puentes. De rescatar, de entre los destrozos del tiempo y los hechos, lo consistente. Una política de alianzas que llamamos nuevo paradigma de desarrollo rural. Los que hablamos de desarrollo rural, de conservación de valores naturales, de paisaje cultural, de equilibrio, orientados desde cualquier visión, estamos entonando la misma salmodia.

## LO NATURAL EN UN MUNDO QUE NO LO ES

Tenemos una idea imprecisa de medio rural. Los estudiosos tratan de dar una noción cuantitativa. Lo expresan en cifras de habitantes por kilómetro cuadrado, o en habitantes para un determinado ámbito administrativo. Se admite que el medio rural está conformado por municipios con densidad inferior a los 20 habitantes/km<sup>2</sup> o población que supere los 30 000 habitantes. Las definiciones cuantitativas son ajustadas, pero aun aceptándolas, es complementaria una aproximación cualitativa. Desde esa orientación, más flexible, por rural se entendería un territorio en donde lo natural, más o menos intervenido pero siempre notorio, cobra predominio y pujanza frente lo artificioso, hasta el punto de condicionar el modelo de organización y la forma de vida. Nuestro país es rural en el 80%.



Si nos fijamos en el mapa adjunto, elaborado hace algunos años por el entonces Ministerio de Medio Ambiente, y Medio Rural y Marino en el contexto de la puesta en marcha de la Ley para el desarrollo sostenible del medio rural, se puede apreciar hasta que punto “lo rural” domina nuestro escenario territorial. Excluidas la orla costera mediterránea, Madrid y su expansión metropolitana, y algunos corredores singulares (Badajoz-Cáceres, Bajo Guadalquivir, Fachada Atlántica) o las mayores de nuestras islas, España se dibuja como una inmensa mancha en donde lo urbano es lo residual, y en donde, a pesar de todo y afortunadamente, la infraestructura no hace estructura.

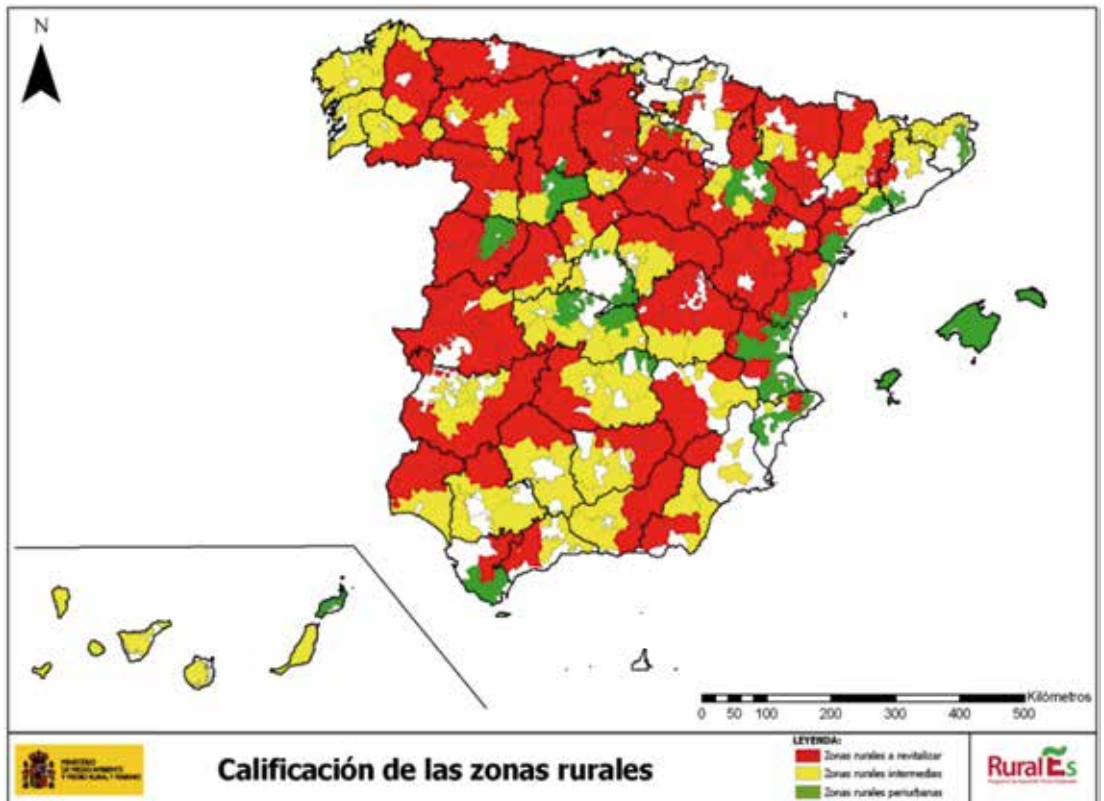
Es cierto que en este vasto espacio solo (por decir algo) vive del orden del 20% del total de la población. Es verdad que su capacidad para ejercer presencia mediática es discreta. Y también es notorio cómo estos tiempos pasados de ajuste y reducción de servicios públicos han puesto de manifiesto que nuestro país corre el riesgo de configurarse como una masa informe

de vacíos y abandonos. Nuestra realidad pareciera querer articularse más en la premisa de un sistema de nodos mayados con celeridad, que sobre un sistema territorial continuo, armonioso y cohesionado.

No es razonable ni ético dar por obvio que el espacio intermedio entre nodo y nodo, entre conurbación y conurbación, la inmensa realidad del territorio, desaparezca del análisis territorial y sea entendida, en el mejor de los casos, como un mero espacio de aprovisionamiento. Un lugar inercial del pasado, que a veces se evoca pero pocas veces se invoca. Un lugar del pasado al que solo se le recuerda en pasado y para el que no parece que tuviéramos otra intención de mantenerlo “conservado” en el pasado. Cabe preguntarse si algo configurado así tiene viabilidad. O si por el contrario, esa sucesión de vacíos no será campo abonado con que alimentar enfrentamientos entre nodos, preludio de agravios comparativos, y antesala de tensiones territoriales. Cuando lo único que nos una sea distancia hueca, poco sentido tendrá llamar a esto unión.

Resulta sorprendente que un país en donde una de las cuestiones permanentes es el “problema territorial”, no acabe de hacer política territorial. Y resulta sorprendente que cuando se habla política territorial, se habló más de la forma de trazar en el territorio las necesidades

determinados territorios rurales se vive bien. Ni en lo ambiental, ni en la capacidad productiva, ni en calidad de vida, ni el nivel cultural, nuestro territorio rural es homogéneo. Y esa diversidad de situaciones no deja, a veces, de producir notorias paradojas.



de los lugares nodales, que de la propia organización viable del territorio. Política territorial no es sinónimo de política de infraestructuras.

### UN ESPACIO, DOS CARAS

Ese vasto territorio tiene además, caras muy distintas. Para empezar, aunque todo resulta muy valioso ambientalmente, no todo tiene valores naturales excepcionales. E igualmente, la perspectiva de vida para sus residentes también ofrece situaciones muy diferenciadas. El repetido “lugar común” según el cual en el campo se vive muy bien no deja de ser una monumental mentira, pero tampoco se puede negar que en

El mapa anterior, que procede de la misma génesis que el precedente ya comentado, permite calibrar cual es la situación actual de la calidad de vida en nuestro medio rural.

Las zonas coloreadas en verde fueron en su día denominadas zonas periurbanas. Eran entendidas como espacios en donde su modelo de ordenación ya confluye hacia una vocación de integración con las áreas urbanas colindantes. Se incluye aquí gran parte del territorio de Baleares, las áreas costeras levantinas colindantes con los espacios urbanos, las áreas de expansión al sur de Madrid y alrededor de Zaragoza, la continuidad de la llamada ribera del Duero, y el entorno de la bahía de Algeciras.

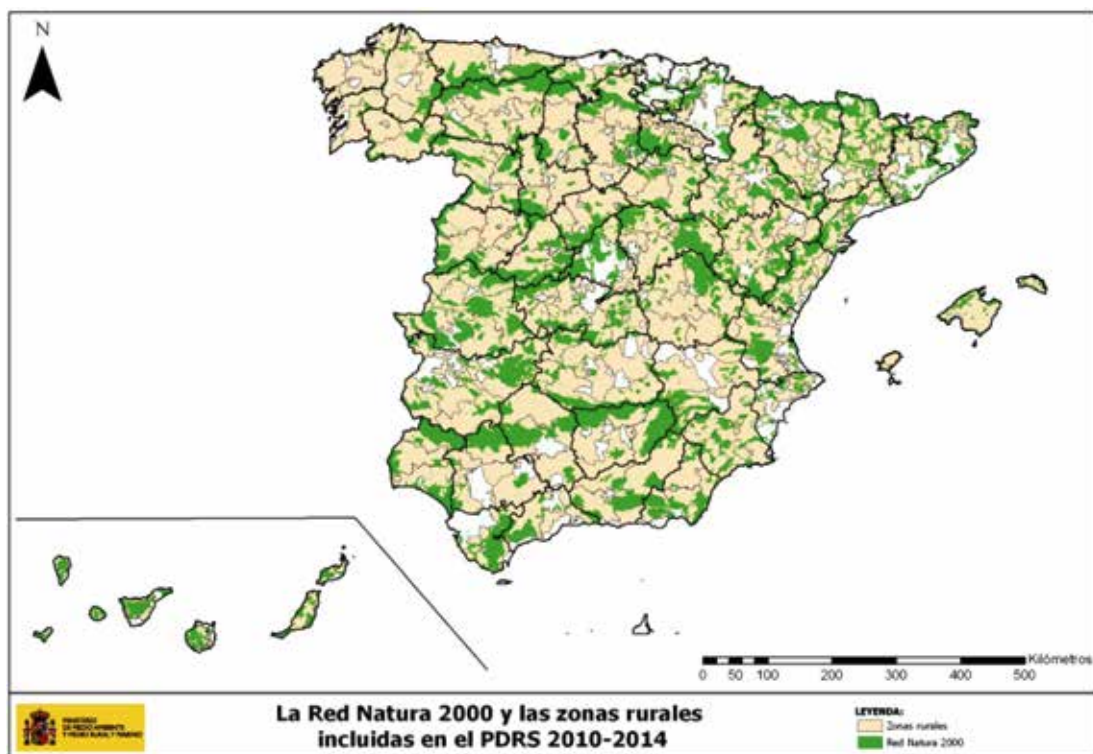
Las zonas en amarillo eran espacios rurales con vocación de estabilidad. Mantienen patrones rurales inequívocos pero, al tiempo, han logrado escapar de la marginación territorial. Son áreas con proyección y actividad económica viable en donde, efectivamente, los niveles de calidad de vida son parangonables, si no superiores, a los de las propias zonas urbanas. Espacios relativamente consolidados y con capacidad de proyectar y hacer.

Por el contrario, las zonas coloreadas en rojo resultaban espacios de calidad de vida francamente mejorable. Lugares que se están vaciando, con una trama social apenas se mantiene, y en que todos los indicadores, todos, recogen una tendencia, imparable hasta la fecha, hacia la desertización y el abandono. Se incluyen aquí vastas extensiones del Sistema Ibérico, la raya con Portugal, los estribos y contrafuertes de ambas mesetas, la fractura de la meseta sur hacia el valle del Guadalquivir, la ceja Cantábrego-Pirenaica y las estribaciones de la Bética meridional.

Y ahora, echemos una mirada al siguiente mapa.

En este, las zonas coloreadas en verde son los territorios incluidos dentro de la Red Natura 2000, la más ambiciosa de las acciones políticas puestas en marcha en la Unión Europea para asegurar la preservación de los valores naturales a lo largo del continente. Nuestro país es, con diferencia, el gran referente de toda Europa, cerca del 30% de nuestro territorio nacional está incorporado a la Red Natura 2000. Se incluyen aquí amplios espacios del Sistema Ibérico, la raya con Portugal, los estribos y contrafuertes de ambas mesetas, la fractura de la meseta Sur hacia el valle del Guadalquivir, la ceja Cantábrego-Pirenaica y las estribaciones de la Bética meridional. Son éstos, sin excepción, los mismos territorios en donde la desvertebración, el abandono, el silencio y el olvido están avanzando a mayor celeridad.

Son la cara y la cruz, pero en el mismo lado de la moneda. Lo más valioso ambientalmente de nuestro territorio es donde la gente que vive, vive peor y tiene peores perspectivas de desarrollo..., más de un tercio de todo el territorio nacional.







Ante esta situación algunos han querido establecer una relación perversa y ladina según la cual precisamente sería la atención especial por los valores naturales la responsable de su decadencia. Desgraciadamente, no pocos, incluso de la clase política sin distinción de ideologías, han hecho suyos estos argumentos ramplones y simplistas hasta convertirlos en munición de obcecación para el debate político sobre el papel que deben tener las cuestiones ambientales. Y en no poca gente local sencilla esta visión retrograda ha encontrado acomodo, ha cristalizado, y conforma un bloque de oposición retroalimentado por la sensación de aislamiento y la rabia frente a todo lo exterior, cuando no por el desconocimiento, la simpleza y, por qué no decirlo, a veces también por una conveniencia oportunista encubridora de los últimos retazos del más rancio caciquismo rural.

Frente a ello los conservacionistas hemos expuesto buenas intenciones, manos limpias, y conciencia de que no es eso, de que no es eso. Hemos difundido coherencia y solidaridad presente y futura. Incluso hemos limado nuestro discurso hasta hacerlo a veces tan sutil como vaporoso. Hemos tratado de hacer amigos y

comprender para ser comprendidos. Ha sido un esfuerzo digno. Pero la terca realidad me dice que aún ni ha sido cabalmente entendido, ni ha permitido desenmascarar algunas cosas y algunos comportamientos.

#### ANTES DE PARTIR

Sirva todo lo anterior de escenario para encarrillar algunas premisas de partida en este acompañado silogismo. Las políticas de conservación y protección del medio natural se han convertido en un lugar común, genéricamente apreciado sobre el papel, en el conjunto de las políticas ambientales. Con el tiempo y el bien mirar, el movimiento ambiental ha entendido también que era necesario, imprescindible, tender alianzas y vínculos con la sociedad rural. Vínculos cimentados en armonizar las viejas prácticas y usos con la preservación de los valores naturales, la modernización, el cambio de mirada y, cómo no, la calidad de vida de la gente. Es verdad, no podemos cimentar la estima de lo mejor de nuestra naturaleza sobre el dolor y el desaliento de una parte de la sociedad. Y, desgraciadamente, ver el mapa de nuestra natura-

leza es constatar que los lugares más valiosos son aquellos, precisamente, donde peor se vive, donde es más difícil conjugar la dualidad de medio sano y vida sana. Tampoco podemos permitir que eso siga siendo así, y alimentando a los que precisamente, aun diciendo lo contrario, quieren, en el fondo, que así siga siendo.

Partimos también de la necesidad de superar un mito. El mito falso que atribuye a las prácticas tradicionales toda la fuerza motriz, y que encadena el futuro de esos territorios precisamente al mantenimiento de tales prácticas. Ni eso ni lo contrario es, ni mucho menos, cierto. La verdad es más sutil. El juego de situaciones responde, en no pocos casos, a una alianza de circunstancias, por no llamarlo a un armisticio forzado. Los paisajes que nos elevan y motivan fueron construidos por el tiempo y la reiteración, cierto..., pero conviene rechazar la idea de un diseño inteligente. Son resultados del acomodo mutuo, del aprender a convivir ante la imposibilidad de la anulación. Los constructores del paisaje lo fueron sin desearlo. Realmente, construyeron sin saberlo. Lo que ahora vemos son las cicatrices del tiempo y sus avatares. Y por eso, en no pocas ocasiones, la vocación conservacionista se estrella contra la intención de los últimos pobladores, que no ven en la apacible y bucólica escena del paisaje construido nada más que un “alto del fuego” temporal en tanto la capacidad, la potencia, o el dinero permite acometer osadías mayores. Una de mis mayores sorpresas de trabajar en la escala uno-uno, es constatar como la visión ambiental es realmente percibida en el medio rural. Cuesta asumir que argumentos y principios que justifican mucho de mi trabajo son recibidos desde una amplia divergencia, cuando no con franca hostilidad. Una contestación sospechosamente siempre apoyada en un pretendido tradicionalismo trasnochado y renuente.

Porque si algo no pretende la conservación es el inmovilismo. Se conservan procesos, no fotos. No es posible condenar a los territorios a la foto fija. Las cosas cambian, nada permanece, y pretender hacer taxidermia estética no es viable ni con la naturaleza, ni con las personas..., ni

Con el tiempo y el bien mirar, el movimiento ambiental ha entendido también que era necesario, imprescindible, tender alianzas y vínculos con la sociedad rural. Vínculos cimentados en armonizar las viejas prácticas y usos con la preservación de los valores naturales, la modernización, el cambio de mirada y, cómo no, la calidad de vida de la gente

con el paisaje, ni con el paisanaje. En realidad, ni siquiera es estético. Por eso me siento muy distante de los que impulsan un “aggiornamento” rural basado en exaltar y reivindicar el pasado, en modos, maneras, formas y actitudes. Ese tipo de discursos, que por atacar al corazón y a lo sensible suelen encontrar fácil acomodo en lo políticamente correcto y en la conciencia de la gente sencilla, son en el fondo una mera manifestación de continuismo caduco, ajado y ajeno, propio de los que evocan pero no viven, de los que aconsejan pero nunca hicieron. Ni siquiera creo que ello tenga que ver con un concepto de tradición bien entendida. La tradición es el fuego que se trasmite, por más que algunos lo quieran ver como las cenizas que se adoran.

En ese delgado equilibrio de entender que el pasado construyó bondades no siempre de forma voluntaria ni consciente, y que el futuro no está escrito ni tenemos derecho a imponerlo, es otro de los bordes sinuosos por donde discurren estas notas.

Hablamos de territorio. Y en esto también conviene situar un punto de partida. Hemos cambiado el lenguaje y su comprensión. En apenas treinta años hemos pasado a hablar de espacio (urbano, agrario, natural) a paisaje, incorpo-

rando en ello una lectura subjetiva sensible para con una realidad percibida. Pero la noción de paisaje, con ser irreversible, es mero tránsito hacia el concepto del territorio. El territorio es espacio sentido y vivido. Esto es, paisaje al que se acopla un proyecto de identidad. Territorio es espacio percibido y organizado.

Vivimos inmersos desde hace más de una década, con sus idas y sus venidas, en el llamado nuevo paradigma del medio rural. Es este un momento en que, y que me disculpen los que puedan no acabar de verlo, el grueso de la actividad productiva primaria se aleja cada vez más de la base tierra para acercarse a un proceso industrial. Animo a remirar el anterior mapa de los territorios rurales: las más valiosas y productivas en términos agrícolas de nuestras tierras ya no son rurales. El valle del Guadalquivir, la costa Levantina, Almería y Murcia conforman un paisaje en el que se produce mucha y buena agricultura, pero cada vez más alejado en sus pautas y formulación de un territorio rural. Y por el contrario, en muchos de nuestros espacios rurales profundos la agricultura empieza a ser poco más que residual. Sinceramente, va a resultar cada vez más difícil sostener la visión y el modelo de desarrollo de un medio rural vinculado unívocamente a la actividad agraria. Para muchos de estos territorios “de confusión”, sólo el engarce con lo ambiental y con la proximidad pudiera dar cierta perspectiva de futuro a las “otras” agriculturas y ganaderías; las de proximidad, las de valor territorial, las acopladas a marcas de garantía.

Al tiempo, lo naturalizado, y eso es ya difícil no poderlo ver, recupera hueco; del orden de 100 000 hectáreas anuales en los últimos 30 años, en una progresión que se adivina acelerada. Nuestros paisajes rurales tienden a una aparente imagen de aparente naturalidad. En ese contexto, el modelo de uso tiene que cambiar, porque las llamadas a la nostalgia de lo que fue no tienen sentido. Empecemos a asumirlo, nuestros futuros habitantes rurales no solo serán agricultores y ganaderos. Nuestros habitantes rurales aspiran a ser ciudadanos co-

munes con actividades genéricas, tan cotidianas en su formulación como las que acontecen en el medio urbano. Son como quieren ser, no como nos gustaría que fueran.

El futuro de la construcción del medio rural adquiere muchos matices. No hay actividades para lo urbano y actividades para lo rural. La globalización, la tecnificación, la disminución de las necesidades de mano de obra concentrada, las comunicaciones y las infraestructuras, abocan a un modelo en que, en teoría, se debería poder hacer cualquier cosa en cualquier sitio. Respecto a la actividad productiva, la distinción entre urbano y rural acabará volviéndose irrelevante. En el futuro la diferencia entre el medio urbano y el medio rural no será tanto el “*qué se hace*”, sino el “*cómo se hace*”.

En ese nuevo enfoque de alternativas tiene que estar incorporada, inequívocamente, la política ambiental. Las políticas ambientales no son un escorzo o un *attrezzo*. Han venido, afortunadamente, para quedarse. Defiendo un planteamiento de vertebración territorial o de configuración espacial que contemple lo ambiental como referente. A esta crisis pasada no nos llevaron las políticas ambientales. Pensarlo así es peor que un error, es un lamentable retraso. Son, precisamente, los territorios que más cuidadosamente acunaron sus valores, que con más templanza atemperaron el ritmo del crecimiento a sus capacidades, los que se encuentran ahora en una posición más desahogada. Lo ambiental, en todas sus facetas y con los ritmos que la necesidad imponga, ha dejado de ser opción para convertirse en cimiento. Y los que no lo ven así, salvo que les guíe la ignorancia, es que, sencillamente, esconden otros motivos para no querer verlo.

Bien es verdad que también las políticas ambientales deben dar un paso adelante en la construcción de una nueva territorialidad. Hay que superar definitivamente la etapa de la reivindicación por la de la acción. Y tal vez asumir que ese salto adelante supone todavía más cambios de actitud y de forma de encarar las situaciones.



Sirva un ejemplo: la situación actual del conjunto de los espacios protegidos. Nuestro país ha pasado en apenas treinta años de no tener territorios protegidos a lucir más de un 30% del territorio bajo una u otra figura de protección. Es evidente que la forma de gestionar los espacios protegidos no puede ser la misma cuando estos conforman una realidad singular, puntual, y excepcional, sin repercusión territorial digna de considerar, que cuando acaparan un tercio del país. Cualquier política que abarque un tercio del territorio es estructural. Lo ambiental debe ser consecuente, asumir esa responsabilidad, y entender su nueva escala de intervención. ¿Tiene sentido que tengamos, para cada uno de nuestros más de 2000 espacios protegidos, un órgano de gestión, una burocracia propia, y una normativa de regulación específica? Plausiblemente la respuesta es no.

En este caso, el sentido común dice que el modelo de gestión que se configuró a primeros de los años ochenta ya ha cumplido su ciclo de vida. Si a este argumento se incorpora el factor económico, la constatación es todavía más epa-

tante. No se puede pretender gestionar nuestro territorio protegido al margen de la actividad económica, secuestrando sus potencialidades, o ignorando que jugar el balance de las oportunidades no es negocio ni para funcionarios ni para políticos, sino, sencillamente, para la gente que vive allí y para los actores económicos que quieran instalarse.

Porque esas oportunidades, existen. El excedente de capacidades agrarias, tanto en espacio, como en capital y neuronas, puede y debe encontrar acomodo. Y a ser posible en el mismo lugar en donde ahora resulta excedentario. La agricultura camina hacia dos modelos. Uno de proximidad, que necesariamente solo será viable si acentúa su alianza con lo ambiental, e incorpora la complicidad con lo local, lo natural, lo territorial y lo ecológico. Y otro de globalidad, mayoritario tan solo en las cifras, y que apoyará, cada vez más, su rentabilidad competitiva con otros espacios en la simplificación de costes, en la tecnificación, y en una menor aportación de mano de obra. Esa mano de obra que necesariamente resulta excedente,

**El futuro de la construcción del medio rural adquiere muchos matices. No hay actividades para lo urbano y actividades para lo rural. La globalización, la tecnificación, la disminución de las necesidades de mano de obra concentrada, las comunicaciones y las infraestructuras, abocan a un modelo en que, en teoría, se debería poder hacer cualquier cosa en cualquier sitio. Respecto a la actividad productiva, la distinción entre urbano y rural acabará volviéndose irrelevante**

es precisamente la materia prima para construir las nuevas realidades económicas donde lo ambiental debe pesar. No hablo de exclusividad, hablo de presencia. Es esa economía verde que todavía huele demasiado a algunos a artificio y subvención, pero a la que hay que buscar mercado, capacidad, y rentabilidad. Porque la tiene.

Y alianzas son posibles. Este mundo no ha menguado pero se ha hecho más pequeño. Las oportunidades de la globalización están ahí. El tiempo y la distancia ya no son obstáculos. Cualquiera puede ofertar cualquier cosa desde cualquier sitio a todo el mundo. Este hecho supone un cambio copernicano, otra forma de entender el comercio. Probablemente nuevos mecanismos que todavía no tenemos perfilados. Pero que hay que estar en condiciones de poder aprovecharlo.

Con ello, poco a poco, tal vez contribuyamos a cerrar el círculo vicioso entre el medio rural y el medio urbano. Ese notable desequilibrio entre las corrientes de actividades, bienes, y servicios que desde el medio rural se dirigen

al espacio urbano, y los flujos de retorno que desde el medio urbano vuelven al medio rural. Todavía sentimos el medio rural como un espacio subsidiario de lo urbano. Como un patio trasero, un almacén, un espacio de abastecimiento. Si en el pasado lo era solo de bienes primarios de consumo, hoy lo es además de bienes sociales, de bienes culturales, de medio ambiente, y de elementos básicos para la calidad de vida. Estamos orgullosos, contentos y satisfechos de disponer de un medio rural que nos aporte cantidad y calidad, que nos haga sentir bien, y que alimente nuestras ilusiones y nuestros sueños. Aunque no somos del todo conscientes, de que esa realidad supone un coste económico que hay que retrotraer y ciclar. Y que el sistema solo empezará a encauzarse en la sostenibilidad en la medida que seamos capaces de retornar a los actores territoriales del medio rural algo de lo que nos aportan.

Y como punto final en este apartado introductorio, recordar que, como no puede ser de otra forma, todo esto, la cuestión ambiental, la construcción de territorios viables, la búsqueda de un equilibrio decente con lo que nos rodea, no es nada más que una contribución esencial y radical a esa búsqueda sencilla de bienestar y de equilibrio, personal y emocional. Esa que nos debe acompañar a lo largo de nuestra efímera estancia en este mundo. Un mundo del que somos parte pero que no nos pertenece. La cosa va de ser felices, tanto como seres individuales, que como humanidad errante. De eso se trata. La vida seguirá adelante y, cuando lo estime conveniente, nos dejará orillados en un borde de los tiempos estelares. Es algo que ya le ha ocurrido al 99,99% de los seres que generó. No vamos a ser una excepción.

## UNA NUEVA VISIÓN

Se trata ahora de avanzar una nueva visión. Una visión que no debe suponer desandar el camino andado, ni negar importancia a lo que nos ha traído hasta aquí. ¿Cuál es su principal característica? Pues en esencia dos. En primer



lugar entender que la vocación territorial no es la suma de un conjunto de hechos o de acciones aisladas. Y en segundo lugar que la visión integrada de lo rural y lo natural, sus componentes y sus aportaciones, son el principal argumento activo de la construcción territorial.

Puede que estemos en la antesala de asumir que la conservación estática, el considerar el espacio natural como un ente ajeno de la realidad social, si bien puede haber servido sus buenos frutos, esté cerca de pasar a la historia. No se trata de quitar fuerza, valor, o transcendencia a la vocación por la conservación incólume. Ni dejar de apostar porque los retazos de salvajismo que puedan persistir se preserven intocados. Ni siquiera renunciar a mirar con actitud expectante los procesos de renaturalización que, querámoslo o no, parece que van a ser un vector director de lo que ocurra en la naturaleza en las próximas décadas. Nada de eso. Pero, para esa vasta extensión de espacio donde las cosas son y están, se debe dar normalidad a su uso, integrado en conservación, y con presencia activa de la actividad humana. Se trata de llamar a las cosas por su

nombre. Devolver al sentido de la intención la fuerza de la razón.

En mucho esta nueva visión está por construir. Y probablemente, para construirla tendremos, desde todas las visiones sectoriales, que retirar del escenario alguno de los elementos incorporados en estas últimas décadas. Algunos incluso muy valiosos, muy peleados, y en donde muchos dejaron, dejamos, tiempo y vida. Pero en esto, como en todo, lo nuevo se construye sobre lo añoso. Se construye sobre lo añoso y, al tiempo, se nutre de ello, y en ello se ancla cual cimiento. El corazón de madera muerta, está muerto, es cierto..., pero sujeta al árbol en las tempestades. Lo que nos trajo hasta aquí ya no nos moverá, pero nos ha puesto en situación.

La nueva visión tiene que articularse en un pacto con el territorio y sus actores. Un pacto más fácil de enunciar que de formular, y que no ignora hasta qué punto obligará a cargarse de paciencia y de talante constructivo. También habrá en ocasiones, sin vacilación, que desenmascarar actitudes o poner en evidencia el sentido retrogrado y caciquil de determi-

nados comportamientos. Ser constructivo no significa ser incauto. Un pacto que vaya más allá de derivas patrimonialistas de unos o de la visión acotada y anquilosada de otros. Es obligado fortalecer un compromiso social con el territorio y sus actores. Volver a poner sobre la mesa tanto el valor de los bienes y derechos colectivos, como la pertinencia de reconocer el esfuerzo de los que los mantienen. Es imprescindible entender que el medio rural no es lugar donde imponer desde fuera ni a donde llegar con soluciones salvadoras. El territorio rural es un fin en sí mismo. Una génesis en cambio permanente que debe desarrollarse de forma autónoma. Y en donde la evolución, el cambio y la transformación son tan esenciales como cualquier otro valor.

La nueva visión tiene que incorporar que se mantengan los procesos y no las situaciones. Entender que lo esencial es conservar las actitudes, no eternizar las acciones. Se posibilitan tendencias, no se fijan caminos. Se articula que las cosas puedan seguir produciéndose, pero no se puede conferir un destino de foto fija a lo que es un escenario cambiante. Que nuestros tiempos no se acomoden ni aprecien los cambios no quiere decir que estos no se produzcan; también, aunque no se sienta el movimiento de la Tierra, el planeta gira y gira desbocado alrededor del Sol.

El nuevo pacto tiene que estar basado en reconocer el dinamismo intrínseco a todo territorio como principal motor de su desarrollo. De entender que esa potencia, bruñida en libertad, es esencial para que tenga proyección y siga prestando valores y servicios. En esencia, es imprescindible configurar un vínculo efectivo en clave de pacto entre la sociedad y los gestores territoriales. Un vínculo tramado en el reconocimiento, en la subsidiariedad y el empoderamiento. Sobran muchos límites, sobran muchos instrumentos reguladores. Sobran muchas burocracias cinceladas unas sobre otras. Mucha complejidad administrativa y mucho control innecesario. Estos años pasados, salpicados de lamentables ejemplos de desviación e irregularidad gestora, nos han dejado un lastre de

desconfianza, rigorismo y burocratización que cuando recuperemos normalidad y sentido común, deberíamos orillar. Deberemos recuperar la sencillez del compromiso aceptado. Perderle miedo a que las cosas, simplemente, pasen. Y al tiempo también exigir responsabilidad a los gestores y los actores territoriales. Entender que la gestión pública es lugar para servir y no para servirse, y que determinados conceptos como transparencia, concurrencia, responsabilidad y legalidad no solo son exigibles jurídicamente, sino también son esenciales éticamente.

El segundo elemento de esta nueva visión es la superación de las perspectivas sectoriales. El territorio, sus recursos, sus evocaciones y sus derroteros, es uno. No una suma sectorizada. Un cristal, no un caleidoscopio. No se construye territorio sobre la superposición de capas disyuntas y distantes. Y sin embargo cada parcela, cada finca, tiene encima siete u ocho planificaciones distintas y para nada coincidentes. Los conservacionistas hacen su diseño, y lo aplican. Los agraristas el suyo, y lo aplican. Los urbanistas el suyo. Y lo hacen los responsables de fomento, los forestales, los de educación, los de sanidad, los de transportes, los de ganadería, los de telecomunicaciones...

Si a ello añadimos la proliferación de administraciones superpuestas e imbricadas, con distinta escala y percepción, y con determinación en dejar sello personal propio, actuando sobre el mismo territorio, y en muchos casos absolutamente descoordinadas, el resultado es que a un espacio único vive sobre ocho o diez orientaciones distintas. Y cada una de ellas, cada una de ellas, aspira a manifestarse autónoma, ajena al resto. A todo ello se debe poner límite. La nueva visión territorial tiene que articularse desde la integración de las políticas sectoriales y la yuxtaposición organizada, teñida de simplificación, de las administraciones responsables. Y en eso los funcionarios debemos asumir que necesariamente no somos, ni podemos ser, los protagonistas.

El tercer elemento sustancial a la nueva visión es el equilibrio. Equilibrio en orientaciones, en





**El segundo elemento de esta nueva visión es la superación de las perspectivas sectoriales. No se construye territorio sobre la superposición de capas disyuntas y distantes. Y sin embargo cada parcela, cada finca, tiene encima siete u ocho planificaciones distintas y para nada coincidentes. Los conservacionistas hacen su diseño, y lo aplican. Los agraristas el suyo, y lo aplican. Los urbanistas el suyo. Y lo hacen los responsables de fomento, los forestales, los de educación, los de sanidad, los de transportes, los de ganadería, los de telecomunicaciones...**

capacidades y en incorporación de las diferentes visiones. La sociedad rural no es homogénea ni monolítica, y todas las partes deben estar presentes en la mesa del pacto. Todo el mundo, aunque no lo crea, tiene algo que decir y debe tener la oportunidad de decirlo. Desgraciadamente, en pocas ocasiones los elementos más señeros y singulares de las nuevas capacidades aparecen invisibilizados. Y en otros cobran protagonismo voces espurias o testaferreros de causas ocultas e impresentables. Todo ello hay que aprender a decantarlo y a sanearlo.

El caso más paradigmático de todo ello es el de las mujeres, cuya presencia en el medio rural es determinante, con un peso organizativo y funcional muy superior al de los varones, con un nivel de formación igualmente muy superior, y con una especial disposición para asumir los nuevos horizontes y las nuevas capacidades. Y

sin embargo en el medio rural las mujeres sufren, a la invisibilidad heredada de estereotipos anquilosados, otra doble añadida. En el medio rural se mantienen los rescoldos más atávicos de una desigualdad de género que es obligado combatir. El nuevo modelo de visión territorial tiene que ser un modelo social, y no puede ser neutro a las situaciones de desigualdad. No puede ignorar aquellos vectores sociales que en mayor medida se puede vincular a su cambio.

El cuarto elemento que le debe caracterizar es el de impulsar el empoderamiento local y la traslación de responsabilidades a los actores territoriales, desde una óptica de soluciones flexibles. Lo que se está configurando no puede ser un cliché repetible. No es una foto fija. No es un canon que, por resultar válido en un lugar, resulte generalizable. Todo lo contrario. Lo que se está planteando es el anti-canon. Es reconocer que no hay un camino, sino una forma de caminar. No se trata de hacer determinadas cosas, se trata de que en cada lugar, se haga lo que en cada lugar procede hacer, de acuerdo con unos principios comúnmente aceptados y pactados. Los modelos tienen que ser calibrados al territorio, tienen que apostar por las soluciones locales, admitir que lo que es válido en un sitio en otro puede resultar deletéreo, entender que las necesidades no son siempre las mismas y, en consecuencia, las respuestas.

Jugar con actitudes flexibles y apostar porque sea el territorio, nuevamente el territorio, el que tome parte en la decisión. Lo que se plantea no es una metodología, es un método. Se trata de retrotraer un paso en la visión ilustrada y sapiente para dejar que las cosas, ordenadamente en un marco de conjunto, puedan crecer, reconocerse y emularse. El medio rural no puede ser permanentemente un lugar a la espera; a la espera de las leyes de fuera, a la espera de los recursos de fuera, a la espera de las ideas de fuera. El medio rural, y sus gentes, tiene que asumir el compromiso de aportar capacidades, recursos, bienes y servicios al conjunto del país, y el país, sus ciudadanos, tenemos que saber darle y reconocer esa capacidad, con camino por delante por recorrer. Para ello,

una vez más, necesitamos de la otra parte. Necesitamos de unos actores responsables y comprometidos. Sin ellos, nada será posible.

Y todo ello sazonado del justo equilibrio entre planificaciones, tiempos, y escalas. La nueva visión tiene que incorporar la racionalidad en la planificación, dejando el más amplio margen posible para el desarrollo de las habilidades y las potencialidades, sin convertirse en un corsé que estrangule. Tiene que adecuar, acertando con los tiempos. Y tiene que diseñarse con la suficiente habilidad para acotar en las escalas de trabajo. Pero, sobre todo, sobre todo, el nuevo modelo debe interiorizar la noción del “*no error*”, de que las cosas se pueden reponer y rehacer cuantas veces sea necesario sin que ello suponga tragedia. En nuestra escala temporal no existen los cataclismos cósmicos. Siempre, después del incendio, la vegetación vuelve a surgir. Para el devenir de los tiempos, lo menos importante es lo que ocurrió hoy o el error que cometimos ayer. Hay fallos, hay errores, hay cruces de caminos que se adoptan de manera equivocada, pero también es verdad que la vida, en su lento tejer y destejer, tozuda, con otras formas y otras maneras, acaba poniendo todo en su sitio.

Aprender a orillar el dogmatismo de lo falsamente trascendente, descubrir la irrelevancia de lo que se nos anuncia como catastrófico, deslindar las actitudes inaceptables y desmascarar a los secuestradores espurios de ideas e intenciones, entender que a un día va a suceder otro día, constatar que nuestros pasos, por mucho que se pretenda, apenas dejarán huella. Todo ello forma parte de la mejor manera para abrir camino a eso tan importante de vivir, de dejar vivir, y, a ser posible, de desaparecer con el menor ruido posible.

## LA CAJA DE HERRAMIENTAS

La siguiente fase es acotar los instrumentos precisos para configurar esa nueva visión. Y en esto, lejos de pretender un inventario cerrado, procede utilizar la técnica del bosquejo impre-

sionista. No es claro ni unívoco el recetario que hay que aplicar para orquestrar el escenario, pero sí parecen evidentes algunas premisas que se debiera considerar.

En primer lugar, nuestra particular caja de herramientas debe incluir un instrumento que permita la relectura del concepto de sostenibilidad. Un “*calibrador de sostenibilidades*”. En mi apreciación, la sostenibilidad no es un ingrediente de mercado que, cuando se estime necesario y en las proporciones que se precise, se añade a la marmita del guiso. La sostenibilidad es una perspectiva de partida. No es un aliño más. No es un hito ni es un aderezo. Es resultado. Sabor final. No se decide, así, de pronto, sin anestesia, ser sostenible. Se avanza en procesos meditados que resultan ser sostenibles. Nada se vuelve verde aunque se pinte de verde. Y en no pocas ocasiones, desafortunadas todas, cuando se afirma querer pintar las cosas de verde lo que suele estar pensando, simplemente, en tintar de color lo no sostenible para que, a lo sutil, todo siga, en el fondo y bajo la pintura, exactamente igual. Es la forma, sí..., pero es la forma de construir el fondo.

Segunda cuestión. En la práctica, ante una organización social y económica configurada desde lo no sostenible, el imprimir un sesgo de sostenibilidad obligará, en no pocos casos, como en el juego de la oca, a volver a la casilla de salida. Probablemente ahí es donde nuestros esfuerzos encuentren mayores resistencias. Porque incluso ante la evidencia, no se debe minusvalorar la tozudez de las inercias. Es fácil entender que ante terceros el escepticismo está asegurado si se empieza diciendo que, una vez más, el nuevo modelo debe estar presidido por una nueva planificación. Y comprendo el riesgo y el temor de algunos... ¿Otra planificación más? Tenemos un país trenzado de fracasos territoriales. Un lugar donde la ordenación se ha convertido en un mero argumento retórico, a veces lastrado de tiempo, barroquismo, postreo político, cuando no en una mera justificación formal para hechos decididos “a priori”, a los que maquillar mínimamente de rigor planificador. Todo eso es cierto, y entiendo el sentir

cansino. Pero, con todo, vamos a necesitar una herramienta de planificación. Una herramienta de planificación sencilla, tolerante, y abierta. Por resumir, una *“herramienta de planificación que no lo parezca”*.

Para todo esto tenga un poco de sentido se precisa, tercera herramienta, un *“buen regulador de escalas”*. Muchos de los sinsabores y de los fracasos de la planificación son consecuencia de calibrar mal. Es evidente que programar una red de autovías, o de trenes de alta velocidad, o de aeropuertos, o de puertos comerciales es una estrategia de ordenación territorial. También lo es configurar un plan de urbanismo. Pero de lo que estamos hablando no es ni de lo uno, ni de lo otro. En este caso, al hablar de planificación territorial se está hablando de un marco espacial que permita articular un proceso de desarrollo endógeno. De encontrar acomodo en un diseño dotado de coherencia interna, que se pueda identificar y con la que se puedan identificar sus residentes. Que permita ejecutar acciones a la altura de la gente a las que están destinadas. Que se evidencie. Que sea reconocible. Una planificación diseñada desde la gente y para la gente, no una planificación que pasa por donde está la gente. Los modelos comarcales, las aproximaciones que guardan recuerdo de la geografía, las que acomodan los usos a los relieves, están cerca de lo que estamos hablando. La visión esbozada no conjuga con planificar el territorio rural a nivel de municipio. Pero tampoco lo hace con trabajar a escala de una provincia, y mucho menos al de una Comunidad Autónoma.

En cuarto lugar hay que incluir un *“equilibrador de voluntades dignas”*. Una máquina delicada que permita conjugar razonablemente los deseos con las intenciones y las responsabilidades. Aquí se está hablando de moral. Porque las circunstancias y las necesidades no justifican todo, ni cualquier acción es válida en tanto que útil al logro de un fin. También al hablar de naturaleza y de conservación de valores naturales no siempre cualquier cosa es aceptable, por más que el fin que se persiga sea loable. Obtener lo pretendidamente bueno no justifica todo, ni

incluso ante la tentación de resolver las peores situaciones imaginables. El escenario tiene que ser un escenario responsable, digno, viable. Y esas palabras suponen respeto ambiental, pero también funcionalidad económica, y equidad ciudadana. Se está apostando por modelos que se puedan presentar, que se puedan articular. Que puedan servir de referentes.

La quinta habilidad es la de permitir conectividad ambiental y social, entendida como base de la cohesión territorial. Vamos a precisar un *“configurador de conectividades”*. Pero de un tipo especial, porque se está hablando de cohesión territorial. Y esa es una idea sobre la que parece razonable extenderse un poco más.

El concepto de cohesión territorial es una de las aportaciones conceptuales del nuevo siglo, articulada como una necesidad inherente a la construcción de sociedades viables. En las últimas décadas del siglo anterior se forjó la idea de que estabilidad y progreso se vertebraban sobre la cohesión económica y social (entendida como una cierta armonía en los procesos productivos y en la organización social a la búsqueda de la supresión de las desigualdades). Esa doble orientación se ha visto enriquecida y completada con la incorporación del concepto de cohesión territorial. Una forma de construir nueva sociedad, en donde la gente, la economía, y el territorio van de la mano.

Apostar por la cohesión territorial significa entender que el territorio, en su globalidad, se debe articular en un proceso continuo, en donde los sucesivos y diferentes lugares y espacios se desarrollen (en el sentido integral de concepto desarrollo) de forma armónica e integrada. Sin discontinuidades bruscas, sin vacíos geográficos. Un avance más hacia la supresión de límites, fronteras y localismos. Y un impulso más a la capacidad de movilizar flujos, personas, procesos, y elementos vitales. Se trata de no cerrar espacios. De no hacer zonas libres de nada, ni impedidas para nada ni para nadie. Se trata de que los valores naturales se preserven de forma global y continua. Y que los ciudadanos puedan articular su proyecto vital de forma



igualmente continua a lo largo de todo el espacio. Pues bien, ese logro, que las capacidades no se concentren en lugares concretos, y que los lugares concretos no se conviertan en vacíos, implica articular la conectividad ambiental y social de los territorios.

Conectividad significa, sencillamente, la supresión de límites y barreras, tanto las físicas como las administrativas y las conceptuales o inerciales, y conlleva una visión global y genérica sobre el conjunto de nuestras acciones. No significa hacer lo mismo en todas partes, significa hacer lo que proceda en todos los lugares donde así resulte procedente. No significa uniformidad, significa no poner puertas a la capacidad de mestizaje. No podemos encerrar los espacios en el silencio. No podemos amurallar en el olvido y en la oscuridad a los ciudadanos.

La siguiente aportación, la sexta, es que obligadamente la realidad económica tiene que incorporar a la naturaleza. Los recursos naturales tienen que aprender a ser leídos en los términos de la economía. Se va a necesitar un “*convertidor de valor en precio*”. Somos la trayectoria que nos trajo hasta aquí, y responsables por herencia tanto de lo bueno como de lo malo. Las políticas de protección del medio natural nacieron de un planteamiento defensivo ante una sensación, generalizada y evidente, de la pérdida, en muchos casos con amenaza de irreversible, de valiosos y singulares elementos de nuestro patrimonio natural. La defensa de todo ello se ha realizado por un colectivo ilusionado, militante y comprometido. Esa defensa, probablemente de manera inevitable, se ha formulado en términos de antagonismo genérico frente a un conjunto de sectores y fuerzas que, al menos

en teoría y muchas veces mucho más allá de la teoría, se estaría posicionando en contra. El resultado ha sido, techado de buenas intenciones, una patrimonialización de la conservación. Hemos jugado la baza defensiva, probablemente por la avasalladora potencia de las inercias oponentes. Y tal vez hayamos ganado muchas batallas. Pero da miedo que, finalmente, no lo gremos ganar la guerra. Y lo que es más importante... ya va siendo hora de tratar de entender esto como una pugna.

En el debe del resultado de las políticas ambientales está el no haber trenzado suficientes alianzas. Poco sector económico respalda, se sigue siendo excesivamente dependiente de lo público, y, sobre todo, se ha conjugado poco el verbo compartir. Obviamente este también es un juego de equilibrios. La naturaleza llega, en posibilidades de rentabilidad, a donde puede llegar. Plausiblemente mucho más de lo que actualmente llega, pero tampoco se puede pretender que los valores naturales, que responden en esencia a finalidades intangibles, queden supeditados a su capacidad de dar una respuesta económica. No es así, y nunca se debe admitir que sea así. Nada hay malo de hacer negocios con la naturaleza, pero la naturaleza nunca debe ser un negocio. Pero, dicho esto, en nuestra ruralidad profunda, donde las políticas agrarias se ajustan a la baja, con una población mermada en efectivos, y con una naturaleza pujante que parece querer recuperar protagonismo, no poner en valor esa naturaleza es un error. Todo lo que sea avanzar por esa senda, todo lo que sea fortalecer capacidades, proyectos, ideas, todo lo que sea visibilizarlas, darles horizonte, ponerlas en el lineal del centro comercial, en el escaparate del prestador de servicios, o en el lugar común de la conversación, será bueno.

Para ello se tendrá, también aquí, que cambiar conceptos, lenguajes y criterios de actuación. No se puede por más tiempo seguir hablando de los servicios ambientales como algo ajeno y lejano. Como un intangible insondable que vive en una nube que todos perciben pero que a todos resulta imposible aprehender. La política y la acción pública tienen que avanzar definitivamente en dar una respuesta en términos de valor

reconocido y de reciprocidad a los servicios ambientales. Y la técnica, y los profesionales, tienen que extremar las capacidades para, sin ambages, encontrar un escenario técnico que permita su calibrado y valoración. Es verdad que sigue siendo necio el que confunde valor con precio, pero de ahí a decir que las cosas que son valiosas “*per se*” no se deben cuantificar económicamente hay una distancia demasiado grande.

Por ello hay que apostar por todas las nuevas formas de gestión territorial, la custodia del territorio, los contratos territoriales... Todas las aproximaciones que tratan de avanzar en la visibilización de la reciprocidad directa o indirecta entre una sociedad que pone en valor su territorio y los protagonistas de su conservación. En eso algo hemos avanzado, pero también es verdad que algo hemos retrocedido en los últimos años. La iniciativa privada ha hecho su camino, pero la consolidación de las capacidades en los instrumentos de programación pública sigue pendiente.

Clave de todo ello es configurarlo como un vector de implicación de la sociedad rural. Hay que definitivamente asumir que esto no es trabajo para elegidos, que no es posible el patrimonializar nada, ni practicar un dirigismo ambiental que puede haber rayado a veces en el despotismo ilustrado rural. Se debe devolver responsabilidad, capacidades y medios a los actores territoriales. Y éstos deben entender que como titulares son mayores y protagonistas. Dejarles que tomen las riendas del territorio y lo conduzcan. Ponerles ante el espejo de su responsabilidad. También, en nuestra caja de herramientas, nos vendrá bien un “*liberador de honestos prejuicios*”.

Y también necesitaremos un “*manual de sagaz asignador*”. Porque para todo esto se precisa una concentración de las capacidades y de los productos. La “producción de naturaleza”, si se permite la expresión, tiene que estar basada en marcas de calidad reconocible y fácilmente localizables. Las iniciativas muy locales, las pequeñas producciones del sitio, o el microempresario turístico están muy bien en un escena-

rio de proximidad, pero si realmente queremos consolidar mercado, tenemos que conformar estructuras y capacidades del mayor alcance y del mayor respaldo financiero posible. Al igual que el turismo de playa no se organiza sobre proyectos personales, el turismo de naturaleza o el turismo rural tampoco pueden ser solo la suma de las voluntades individuales dispersas de un conjunto de vocaciones bienintencionadas. España puede ser una gran potencia en naturaleza a nivel mundial, pero no se percibe como un conjunto tramado que aprovecha todas las oportunidades de forma global. Nuestras producciones locales de áreas de valor tienen una enorme calidad, están bien hechas, pero no existe ni una marca común que las organice ni un mecanismo de distribución y puesta a disposición lo suficiente amplio y flexible como para encontrarlo. No basta con que este allí, en el sitio donde se produce, si queremos que realmente consolide territorio tiene que poder estar en todas partes y al alcance de todo el mundo.

En esto, nuevamente, se debe pensar que lo mejor no es necesariamente lo bueno, y que la atención a lo local, a lo pequeño, a lo recóndito, no puede suponer que la apuesta se quede únicamente a nivel de lo local, de lo pequeño y de lo recóndito. Eso puede ser válido a nivel personal, pero no se puede pretender generalizarlo con éxito.

En esa idea, la siguiente herramienta necesaria será una que nos permita superar las distancias y los momentos. Un *“acordeón de tiempos y espacios”* puede ser útil. Y en esto, las tecnologías de la información y la comunicación resultan esenciales. Nunca se acabará de repetir lo suficiente la importancia de las nuevas tecnologías, y el que la gente del territorio rural esté formada en ellas. En primer lugar porque permite resolver el aislamiento y la marginalidad de las oportunidades económicas. Y en segundo lugar porque es el siguiente tren de progreso que llega a la estación y que no tomarlo significaría, una vez más, aumentar la brecha que aísla lo rural y sus gentes de lo urbano. Ruralidad y naturaleza no significan ni aislamiento ni marginalidad. La gracia

**Nunca se acabará de repetir lo suficiente la importancia de las nuevas tecnologías, y el que la gente del territorio rural esté formada en ellas. En primer lugar porque permite resolver el aislamiento y la marginalidad de las oportunidades económicas. Y en segundo lugar porque es el siguiente tren de progreso que llega a la estación y que no tomarlo significaría, una vez más, aumentar la brecha que aísla lo rural y sus gentes de lo urbano. Ruralidad y naturaleza no significan ni aislamiento ni marginalidad**

de todo esto, la clave de bóveda que resuelve el edificio está en saber conjugar el mantener los valores, las esencias, y las atmósferas, y romper, definitivamente con el círculo vicioso de aislamiento, y marginalidad como camino a la pobreza y al malestar colectivo. Para romper ese cinturón de miseria las nuevas tecnologías son una buena arma, pero tienen que llegar. Tienen que estar disponibles. Tienen que saberse usar. Todo el esfuerzo que se haga será bienvenido, y cabe recordar que, en muchos casos, este esfuerzo tendrá que tener un carácter público y solidario. En caso contrario, y bajo un frío análisis de mercado, probablemente muchos de nuestros territorios rurales y naturales nunca dispondrán del acordeón.

Y finalmente, en esta relatoría de cómo, tenemos que asumir que el camino, todos los caminos, pasan por el compromiso con la gente y por la participación subsidiaria. Necesitamos un *“botón que nos haga desaparecer”* cuando no seamos precisos. Ya va siendo hora de volver

a donde cada uno debe estar. No deben hacer falta salvadores. Hace falta que cada uno, en su sitio, haga lo que tiene que hacer y se le deje hacerlo. No tiene sentido que la responsabilidad de nuestro medio rural no sea cometido de la población que vive en ese medio rural.

### IDEAS, QUE NO CONSEJOS, PARA EMPEZAR A ANDAR

Corren tiempos de cierta confusión. Debe esperarse de los responsables de la orquesta que alcancen a entender lo que pasa, con tanto ir y venir de partituras. En esas circunstancias poco está para cambios, la mirada baja ángulo, y la perspectiva pierde horizonte. Pero también es verdad que a grandes males, grandes remedios. No se sale del agujero limitándose a mirar las paredes del agujero. Y hay que empezar por hacer una llamada a la razón. En tiempos de crisis, el medio rural no puede ser el primer lugar donde aplicar reducciones en dotaciones, medios, recursos e ideas. Esas cosas que, si en cualquier caso resultan delicadas, en el medio rural suelen resultar demoledoras. Así están las cosas, y aunque en estas situaciones pensar en una nueva constelación de ideas resulta arriesgado, en pocas circunstancias resulta más evidente la necesidad de romper con lo recorrido e iniciar nuevos itinerarios distintos. Porque, precisamente, así están las cosas.

En todo caso, para los que decidan partir, me atrevo a añadir que todo lo anterior puede servir de equipaje en esa aventura digna de dibujar territorios vivos. Y me voy a permitir dar, esta vez ya sí, unos últimos consejos antes de echar a andar.

En primer lugar recordar que aunque se tiene que aprender en los procesos, no se vive en los procesos. Todo lo anterior puede ser un más o menos aceptable conjunto discursivo, pero no vale absolutamente para nada. Lo único que pretende es contribuir a crear conciencia. La construcción de habilidades, la conformación de modos de actuar, la decisión sobre qué hacer, es un proceso necesario. Pero más allá del

proceso, aquello tiene que funcionar. La gente, finalmente, tiene que tener la sensación de que aquello vale para algo. En algo, por pequeño que sea, se tiene que conseguir cambiar la realidad. No se echa a andar por andar. Otra cuestión es que no se conozca con seguridad si se llegará al destino. El camino puede ser todo lo largo que tenga que ser, cierto, pero tiene que llegar a algún sitio. No podemos estar eternamente en construcción. La construcción, la porfía, e incluso la batalla puede ser muy estimulante en lo personal, pero si no llega a puerto, no vale para nada. Por eso hay que recordar que, al ponerse en camino, y aunque para el viajero, siempre, lo importante es el viaje, para la sociedad que tiene detrás y la que espera por delante, lo vital es el resultado. Ulises vivió del camino rumbo a Ítaca, y para él tal vez fuera lo importante, pero para los habitantes de su isla, lo importante fue que, finalmente, logró llegar a sus costas. Este negocio lo escriben los viajeros, pero lo deben vivir todos. No basta con colmar el proyecto de vida del navegante. No podemos pasarnos la vida esbozando procesos y metodologías... No disponemos de ese tiempo.

En segundo lugar lo que se construya tiene que andar solo. Y para eso, en primer lugar, hay que dejarlo andar. Los proyectos, los diseños y las estrategias no pertenecen a sus autores ni a sus gestores. En no pocos casos el error ha sido hacer nuestro aquello para lo que el mandato era tan solo ponerlo en marcha. No podemos, cuan abrazo de oso, ser incapaces de desprendernos de nuestros sueños cuando se hacen realidad. Las cosas tienen su momento, su lugar, y sus circunstancias. Ocurren cuando deben ocurrir, o no ocurrirán nunca. No podemos ahogar de cariño los proyectos para luego suspirar por qué no funcionaron. No nos pagan por dirigir el mundo, nos pagan para ayudar a la gente, un poco, solo un poco, a hacerlo posible. Las cosas deben funcionar, pero para ver si funcionan, debemos saber abandonarlas. Los proyectos son escenarios para entrar, y son también escenarios para salir. Y tanto la entrada, como la salida, se debe hacer de la manera lo más silenciosa posible.



Hace ya algún tiempo, a base de trabajosas victorias que siempre culminaron en sonoros fracasos, renuncié a la sensación de poder cambiar las cosas. Ahora creo que el camino está en lo pequeño, en lo mínimo, en la lentitud que inadvertidamente orienta el cambio de la realidad. Esta no es una misión para tiempos tados. Tampoco es buen sitio donde pretender cosechar resultados espectaculares. Se trata de cimentar profundo, de construir en serio y, sobre todo, de cambiar conciencias. De artesonar con mimo y cuidado lo que debe permanecer. En esencia, pocas prisas y muchos principios.

Porque aunque todos queremos cambiar el mundo, y algunos hasta ufanamente nos vanagloriamos de saber perfectamente cómo resolver las cosas, dibujar la utopía precisa de construir imperfecciones. Nada nos va a salir bien, pero eso no quiere decir que todo salga mal. A base de pequeños errores, de experiencias fallidas, de la contestación de algunos, y de asumir que todo se pudo hacer de otra forma... A base de esa pequeña suerte de camino de fracasos parciales, siempre es posible, de hecho es la única forma, de que alguien, no importa quién, alcance la meta. En realidad es así como avanza la humanidad.

Corren tiempos complejos. Nuestros paisajes parecen haber desaparecido del imaginario colectivo. Otras penurias más agobiantes, lamentables e inmediatas parecen cubrirlo todo. Tampoco nuestras voces encuentran mucho eco. Incluso en el mundo rural los ecos resultan extraños y ajenos. No es buen tiempo para los sueños. Nuestros deseos, tintados de debilidad, son desterrados como insensatos, cuando no orillados por desenmascaradores.

Es este un contexto para el que no estábamos preparados. Humildes conquistas son puestas continuamente en duda. Y un día sí y otro también asistimos a la estulticia de los corifeos del pasado reclamando la vuelta a la caverna. Ante eso se ponen de manifiesto nuestras debilidades, quizá nuestro exceso de vanidad, nuestra soledad, y nuestra falta de vínculos. Todo eso es así, pero ante eso, sin ruido y sin pausa, hay que seguir diciendo en todas partes, en todas, que una sociedad sale de la crisis cuando se reconoce, destierra la mediocridad y la inmediatez, apuesta a la casilla de la ética, y pone en valor sus recursos. Luego vienen las cifras, los números y los resultados. Pero eso es otra historia. Aquí la historia es saber encarar el futuro. Saber de dónde venimos, y saber qué mundo



queremos dejar a los que vendrán detrás. Ese territorio curtido y vivo, amalgamado de sueños, intenciones y símbolos. Eso que somos, eso a lo que volveremos.

## LO QUE TAMBIÉN NOS ACOMPAÑA

Los tiempos son complejos. Corremos el riesgo de, silently, perder el impulso de estas últimas décadas. En esa búsqueda de soluciones, hay que insistir por que las políticas rurales territoriales no se vean abandonadas. Hay que mantener la búsqueda obsesiva de argumentos con que prestigiar sus logros, seguir apostando por el binomio conservación-uso racional, por fortalecer la capacidad de los actores para asumir protagonismo.

La política rural no puede limitarse a política de estructuras agrarias, ni la política agraria puede acotarse al mecanismo de la ingeniería financiera ajena a la realidad de la tierra y sus residentes. La política ambiental debe configurarse como referente, sin renunciar a su potencial de desarrollo económico. Y la política forestal debe cobrar vuelo, y ser entendida no como una regulación administrativa más o menos encomiable, sino como una política activa de corte social y con vinculaciones económicas. Y acompañado de todo lo anterior, los instrumentos de participación, de transparencia, de integración colectiva, y de devolución de responsabilidad al territorio tienen que mantener su pujanza, su presencia, y su capacidad.

La realidad y la experiencia de más de veinte años de políticas territoriales rurales (iniciativa Leader, Ley de desarrollo sostenible,...) demuestran que la articulación de una política global de base territorial, apoyada en modelos con alta participación social, son un buen camino para la diversificación y la creación de actividad económica estable. Precisamente lo que ahora mismo más necesitamos. Mi sugerencia pasaría por volver a poner en juego de forma integrada tanto los instrumentos comunitarios de política agraria de desarrollo rural (FEADER), como la capacidad amalgamadora

de instrumentos derivados de la Ley para el desarrollo sostenible del medio rural, a la que quizá hubiera que incorporar (*mea culpa*) algún elemento de simplificación. Creo que hay que potenciar la capacidad de modelos como los programas Leader de diversificación económica en el medio rural, sin perder valentía al decir que los Grupos de Acción Local tienen también que cambiar, y no poco.

Creo que no vendría mal tampoco la integración completa, funcional y conceptual, de todas las líneas de gestión territorial existentes, evitando en particular cercenar en compartimentos políticos estancos las políticas rurales con las políticas de conservación del medio natural. No se puede renunciar a hacer política territorial rural. El medio rural no es un mero soporte plano, en la medida que sea necesario, de otras políticas.

Detrás del silencio que avanza, se abre el regreso a un modelo centralizado, en donde las decisiones se toman ajenas al territorio en base a criterios patrimonialistas y a una comprensión del medio rural como un espacio de abastecimiento o de satisfacción personal de las demandas particulares de terceros. Un modelo que sustituye territorio por finca. Un modelo que sustituye espacios protegidos por espacios impedidos.

En los últimos años hemos vivido el discurso de una crisis. Todos los análisis ponen de manifiesto que el medio rural es un gran yacimiento de empleo, con resiliencia mayor frente a la crisis. Es sencillo y barato crear empleo. Empleo estable, con innovación y con futuro. Es posible hacerlo poniendo en valor nuestros recursos y utilizando nuestras capacidades. Y se puede hacer en una escala pequeña, coherente y armónica, que establezca procesos y que no origine bruscos basculamientos poblacionales.

La carencia de servicios, básicos y no tan básicos, es el auténtico cuello de botella que impide aprovechar esas capacidades. Es un problema social, pero sobre todo es un problema de eficiencia. Si somos capaces de garantizar servi-

cios que permitan un nivel razonable de calidad de vida, la consolidación territorial, y su correlato de puesta en valor económico, podría convertirse en algo más que una advocación. Y eso no es imposible, máxime hoy en que las tecnologías pueden hacer nulas las distancias y el aislamiento. La creación de empleo es un efecto inducido asociado a la capacidad tractora ligada a la actividad económica, pero no es viable responsabilizar de la creación de empleo a instituciones familiares débiles estructuralmente, a las que fundamentalmente, lo que se les debe pedir y en lo que se les debe apoyar, es su propia continuidad viable.

No todo es posible en todos sitios, ni puede haber de todo en todas partes en términos de eficiencia, pero lo que sí tiene que estar es todo alcanzable y disponible en espacios temporales y físicos razonables en términos de eficiencia. La importancia de un activo en el medio rural es mucho mayor que la de un activo en el medio urbano. Cuando las mujeres abandonan el medio rural, los pueblos sencillamente se cierran.

Añadir otra amenaza que parece propalarse, y es el descredito de las fórmulas de gestión planificadas e integradas, los resquemores a una limitación de la burocracia a mínimos racionales, el olvido al principio y al concepto de filosofía ascendente. Me preocuparía que la obsesión por el mero crecimiento arrastrase a la singularidad. Me preocuparía una vuelta de ideas uniformizadoras, arrogantes hasta lo burdo e ignorantes del valor de la diferencia.

Durante los próximos años la clave del éxito de las políticas de desarrollo rural va a depender de una eficiente coordinación entre las necesidades nacionales y la aplicación de los instrumentos financieros comunitarios. Es notorio que la capacidad de aportar financiación nacional al sistema se va a ver fuertemente condicionada por el escenario económico, pero también es cierto que la posibilidad de configurar un marco estratégico común en el que confluyen diferentes fondos articula una mayor capacidad. Si sabe aprovecharse, es una oportunidad,

algo que por el momento aún no parece que estemos sabiendo hacer. Recuperar instrumentos de política nacional singular para el medio rural, que superen la limitación de los fondos agrarios estructurales, también parece otra posibilidad abierta, aunque por el momento no pase de eso, de una mera posibilidad abierta.

Las demandas prioritarias de la población rural, y de los que desean instalarse en los territorios rurales, tienen que ver con el bienestar de las familias, con la calidad de los servicios, la proximidad, la accesibilidad a los centros médicos, asistenciales, educativos y a las infraestructuras necesarias para ello. Los medios financieros proporcionados por el FEADER son insuficientes para afrontar esas demandas. No es viable pilotar el desarrollo rural en exclusiva sobre el fondo FEADER, ni por razones tácticas, ni en términos estratégicos. Mantener una potente actividad agraria en el medio rural tiene, necesariamente, que apoyarse en un medio rural viable. Puede que sin agricultura no haya nada, pero sin medio rural no habrá ni agricultura ni habrá nada.

La agricultura debe integrarse en esa lógica sin renunciar a su vocación productiva y la vinculación al mercado, pero repensando sus implicaciones territoriales. Esa agricultura debe ser un elemento fundamental para el desarrollo de las áreas rurales. Su contribución a la cohesión territorial dependerá del grado de eficiencia y competitividad que alcance, pero también de su capacidad para responder a las demandas de los consumidores y para adecuarse a las exigencias ambientales.

Para concluir, frente al abandono, la fragmentación, o el silencio, es necesaria una estrategia global que propicie la integración de la agricultura, la conservación y usos sostenible de la biodiversidad, la ganadería y los bosques. El momento es trascendente, en tanto que están iniciando su andadura los nuevos instrumentos de la política comunitaria. Todo ello podría ser más o menos discutible u opinable en otras circunstancias. En las presentes parece algo que, sinceramente, no debería ofrecer la menor duda. ❀